

EXTENSION Y DEMOGRAFIA DE LAS CIUDADES HISPANOMUSULMANAS

El resurgimiento urbano medieval en el Occidente europeo.

Tras la espléndida civilización urbana del imperio romano, el Occidente europeo pasó por largos siglos de decadencia. Interrumpidas en gran parte durante ellos las comunicaciones, casi muerta la industria y extinguido el comercio entre lugares distantes, despobláronse las ciudades, faltas de sus vecinos artesanos y mercaderes, reducidas exclusivamente a centros religiosos y políticos de carácter semirural.

La gran declinación de la vida urbana dió lugar a una economía de tipo agrario. La actividad municipal, afirman modernos historiadores, extinguióse rápidamente, salvo en las ciudades de la Italia del mediodía y en Venecia, en las que pudo subsistir gracias al tráfico con Bizancio, cuya civilización no conoció eclipse en el tránsito del mundo antiguo al medieval. Dentro de la larga etapa aludida, el periodo carolingio — mediados del siglo VIII a comienzos del X — representó la máxima decadencia, una de cuyas manifestaciones más notorias fué la interrupción de las acuñaciones de monedas de oro, sustituidas por las de plata a partir del siglo IX. No se reanudaron en el Occidente europeo claro símbolo de su renacimiento económico-, excepto en la Península ibérica, hasta el siglo XIII; en Francia, en el reinado de San Luis (1226-1270), al mismo tiempo que Florencia comenzaba a acuñar sus florines y sus ducados Venecia.

A partir de fines del siglo X, en el siguiente y, sobre todo, en los XII y XIII, época de tranquilidad y orden relativos, en la que se forman y organizan algunos Estados europeos, hubo un verdadero renacimiento, que pudiera llamarse románico, nombre del arte internacional al que dió origen y con cuyo brote y desarrollo coincide. Las gentes volvieron a desplazarse, á caminar impulsadas por razones mercantiles ó religiosas — peregrinaciones y cruzadas a Oriente, éstas últimas á partir de 1096 —; empezaron á desarrollarse las industrias; cultivóse mayor extensión de tierras para alimentar á una población creciente. Con lá mejoría económica, surgieron nuevas agrupaciones humanas -al pie de las fortalezas; en torno a santuarios y monasterios; en los puertos naturales de las costas; en los vados y en la confluencia de los ríos; á lo largo de las rutas geográficas, políticas y religiosas y en sus cruces-é incrementóse considerablemente el número de habitantes de las antiguas, hasta convertirse varias de ellas, á partir del siglo XII, en grandes ciudades que, como las romanas imperiales, eran, a la vez, importantes centros de comercio, mercados permanentes y focos de artesanía industrial.

Los problemas suscitados en torno á estos hechos tan sucintamente expuestos, singularmente los demográficos y económicos, despiertan actualmente singular interés, por estimarse que los cambios de densidad de la población, lo mismo que las fluctuaciones de su riqueza, constituyen uno de los capítulos esenciales, tal vez el más importante, de la historia económica y social y, por tanto, política de la Edad Media ⁽¹⁾.

El tránsito de la refinadísima civilización del Imperio romano, con sus numerosas y grandes ciudades monumentales y perfec-

(1). Jean Halperin, *Les Transformations économiques aux XII^e et XIII^e siècles* (1) (*Revue d'Histoire économique et sociale*, XXVIII, Paris, 1950, p. 21). Para Marc Bloch, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, Oslo y Paris, 1931, p. 17, el renacimiento urbano y económico del Occidente de los siglos X al XIII fué el hecho de consecuencias más trascendentales en la historia de la civilización europea. Génicot ha escrito en fecha reciente que hay pocos problemas históricos tan importantes como el del incremento demográfico medieval (*Sur les témoignages d'accroissement de la population en Occident du XI^e au XIII^e siècle*, por Leopold Génicot, apud *Cahiers d'Histoire mondiale*, vol. I, Paris, 1953, p. 462).



tamente urbanizadas, a la vida primitiva y rural de los primeros siglos medievales, es fenómeno histórico que ofrece un dramático interés. En el fondo de toda conciencia alerta anida la sospecha de que el hecho pueda repetirse con características de mayor universalidad; las grandes urbes actuales, de magnitud monstruosa bastantes de ellas, pudieran convertirse rápidamente el día de mañana en inmensos campos de ruinas, piadosamente envueltas en un manto de vegetación espontánea, en los que algunos montículos señalen el emplazamiento de los edificios más importantes y elevados, orgullo de nuestra civilización.

Los historiadores consagrados actualmente al estudio de estos problemas reconocen el despertar de la actividad comercial en el occidente europeo, en la Edad Media, a partir, como antes se dijo, de fines del siglo X y más acusadamente en el XI, a lo largo de las costas italianas, sobre todo en la parte norte de esa península ⁽¹⁾ y en las regiones flamencas y la zona entre el Escalda, el Mosa y el Rin. Las repúblicas de Venecia, Pisa y Génova crearon marinas dedicadas al tráfico comercial, lo mismo con los puertos cristianos que con los musulmanes; y a expediciones militares, a sueldo o tras el incentivo del botín. Las Cruzadas, al producir en los últimos años del siglo XI y en los siguientes considerable aumento de tráfico, singularmente del marítimo mediterráneo, contribuyeron a su prosperidad. Las tres ciudades de la península itálica citadas, Palermo a fines del siglo XI y Florencia algo más tarde, se acrecentaron y enriquecieron, además, por su eficaz organización comercial, sus recursos financieros y sus técnicas industriales.

También poseían flotas para la exportación de sus tejidos, base de su gran aumento y riqueza, las ciudades flamencas. Se desarrollaron pronto Arrás e Ypres, al mediodía; Gante, hacia Alemania; algo más tarde, Brujas. Todas ellas, lo mismo que algunas francesas, no alcanzaron hasta fines del siglo XII,

(1) Algunos eruditos italianos creen que el aumento demográfico comenzó en su país en el siglo X (G. Luzzatto, *Storia económica d'Italia*, Vol. I, Roma, 1949, p. 212; P. Torelli, *Un comune cittadino in territorio ad economia agricola*, I, apud *Pubblicazioni della R. Accademia Virgiliana di Mantova, Serie miscellanea*, III, 1930, pp. 151 y sigs; R. Lopez, *Les Influences Orientales et l'Éveil Économique de l'Occident*, apud *Cahiers d'Histoire mondiale*, I, Paris, 1954, p. 597).

y singularmente en el XIII, categoría de grandes centros urbanos ⁽¹⁾.

Para el estudio del desarrollo y crecimiento de esas ciudades sería necesario conocer las cifras del número de sus habitantes en diversas épocas. Pero hasta el siglo XIV en algunos países, y hasta fecha posterior en otros, no se hicieron estadísticas ni existen datos precisos sobre su población. Tan sólo a base de noticias aisladas, a veces indirectas, y de deducciones lógicas, es posible llegar a conclusiones, siempre discutibles ⁽²⁾.

Las ciudades de la España musulmana y el resurgimiento urbano.

En ese resurgir de las ciudades del Occidente europeo ¿que papel desempeñaron las de al-Andalus, es decir, las de la España musulmana?

Los historiadores suelen encerrarse para sus estudios en compartimientos estancos. Entre sus muchos rótulos figuran los de «occidentalistas» y «orientalistas». Los incluidos en el primero, que son los que más se han ocupado de los problemas demográficos, ignoran la España islámica.

Al estudiar la renovación é incremento de la vida urbana y el desarrollo del comercio y de la industria, Henri Pirenne, y otros tras él, olvidaron la Península ibérica. Según el famoso historiador belga, el desarrollo del comercio marítimo alcanzó las costas de Francia y España a partir de los comienzos del

(1) *Les Villes du Moyen Age*, por Henri Pirègne (Bruselas, 1917), pp. 18, 90-91 y 119. Excelente exposición resumida de estos problemas en la obra de Charles Verlinden, *Introduction à l'histoire économique générale* (Coimbra, 1948), pp. 23, 42 y 45-53. — La bibliografía es extensísima y aumenta a diario.

(2) Sobre la imposibilidad de llegar a evaluaciones demográficas de alguna precisión antes del siglo XV, véase Pirègne, *La civilisation occidentale au Moyen Age du XI^e au milieu du XV^e siècle*, t. VIII de la « Histoire générale » de G. Glotz (Paris, 1933), p. 148. Acerca del problema demográfico, véase el reciente, y muy interesante trabajo, antes citados, *Sur les témoignages d'accroissement de la population en Occident du XI^e au XIII^e siècle*, por Génicot (*Cahiers d'Histoire mondiale*, I, pp. 446-462) Afirma Génicot que el aumento demográfico de la Europa cristiana del siglo XI al XIII, admitido por todos, es hecho muy mal conocido, por no haberse arriesgado nunca a su estudio analítico, al creer que la pobreza de la documentación existente le condenaba al fracaso, sin más resultado que la deducción de vagas conclusiones generales (*Ibidem*, p. 446).

siglo XII ⁽¹⁾. Pero en esa época, ya contaban algunos puertos de al-Andalus con más de un siglo de intenso tráfico, consecuencia de su activa vida industrial y comercial.

Un destacado historiador francés, recientemente fallecido, Ferdinand Lot, ha escrito que la decadencia de las ciudades en los primeros siglos medievales duró hasta el momento en que cesaron los movimientos producidos por las invasiones bárbaras; la reanudación mercantil, partiendo del Oriente musulmán, de Bagdad, alcanzó a Italia, después a Francia, a los Países Bajos y a Alemania no antes de los siglos X y XI. La Península ibérica queda, pues, borrada del mapa europeo ⁽²⁾. También la olvidan Génicot y Roberto Lopez en sus recientes trabajos sobre los testimonios del acrecentamiento de la población en Occidente del siglo XI al XIII, y las influencias orientales en relación con el despertar económico occidental, respectivamente ⁽³⁾.

Afirmó Pirénne que el tránsito del imperio carolingio al bizantino suponía pasar de un mundo a otro distinto; del último, á diferencia del primero, no había desaparecido la vida urbana, ni interrumpíase la evolución económica; continuaba la navegación marítima alimentando un comercio importante y sosteniendo ciudades pobladas por abundantes artesanos y mercaderes.

Sin necesidad de ir a las tierras lejanas del Oriente mediterráneo, los mismos fenómenos podía observar el súbdito carolingio visitante de la más próxima España musulmana.

(1) Pirenne, *Les Villes du Moyen Age*, p. 83. En las pp. 90-91 afirma que fué tan solo en el siglo XII cuando triunfó definitivamente la penetración económica, difundida gradualmente en la Europa occidental.

(2) Ferdinand Lot, *La Gaule* (Paris, 1947), p. 407. No tan olvidada de ella en otra de sus obras, declara ser Córdoba la ciudad más poblada de la Europa occidental en el siglo X; únicamente -dice- la lejana Bizancio, con sus inmensos barrios, llena de grandes edificios, protegida por fuertes murallas, heredera de la cultura y de la grandeza de Roma, podía compararse a la gran urbe andaluza (*L'art militaire et les armées au Moyen Age en Europe et dans le Proche Orient*, tomo segundo, Paris, 1946, pp. 254-255).

(3) *Cahiers d'Histoire mondiale*, I, pp. 446-462 y 594-662. Afirma Lopez, como ejemplo típico, que los artesanos de las industrias textiles de Europa no estaban aún en condiciones hacia 1.100 de exportar sus productos a Levante (p. 616). La afirmación, como se verá más adelante, no puede extenderse a la Península ibérica.

Intensa comunicación terrestre y marítima existió durante el siglo VIII y los siguientes entre al-Andalus y el Oriente mediterráneo, merced a la dependencia política, en los primeros tiempos, y a la comunidad de religión, lengua y civilización, y a la peregrinación a la Meca, constantemente. Entre ambas comarcas extremas del mar interior no se interrumpió el comercio marítimo, a cuyo eclipse Pirènne, en brillante y muy discutida tesis, atribuyó la extinción de la vida urbana en la Europa de Occidente, cargando la culpa a la expansión guerrera islámica.

En el siglo X, en la época esplendorosa del califato de Córdoba, esta ciudad, y a bastante distancia de ella otras varias de la España musulmana, alcanzaron un gran desarrollo urbano, excepcional en el Occidente contemporáneo; el comercio, tanto el interpeninsular como el realizado con Oriente a través del Mediterráneo, era intenso y prósperas las industrias, cuyos productos se exportaban á otros países, entre ellas las de lujo, exponentes de un alto nivel de civilización y riqueza.

Geógrafos y viajeros confirman el número é importancia de las ciudades de al-Andalus en el siglo X y su prosperidad económica: al-Hamadānī, al-Rāzī, al-Iṣṭajrī, Ibn Ḥawqal, al-Muqqaddassī. Es, sobre todo, el español al-Rāzī (murió, probablemente, en 344-955) el que dá más detalles sobre la vida económica de la España musulmana. Abundaba en ella la seda, con la que se tejían paños en Córdoba, en Almería (con oro), en Zaragoza y en Almuñecar; hacíanse alfombras en Baeza ⁽¹⁾.

¿Es que esta España musulmana, cuya próspera civilización y riqueza quedan bien patentes en los relatos contemporáneos citados y en testimonios materiales como la mezquita de Córdoba y las ruinas de Madinat al-Zahrā, estuvo aislada entre los siglos VIII y XI del resto del continente y no ejerció influjo alguno en el renacimiento europeo anterior a las Cruzadas,

(1) El texto de al-Rāzī se conoce en una adaptación de una traducción portuguesa, que por encargo del rey Dionis de Portugal (1279-1325) hizo un clérigo llamado Gil Pérez, ayudado por un intérprete musulmán (E. Lévi-Provençal, *La «Description de l'Espagne» d'Ahmad al-Rāzī*, apud *Al-Andalus*, XVIII, 1953, pp. 51-108), y en tres traducciones al castellano de la portuguesa (*Memoria sobre la autenticidad de la crónica denominada del moro Rasis*, por don Pascual de Gayangos, apud *Memorias de la Real Academia de la Historia*, VIII, Madrid, 1952).



antes de que éstas pusieran en contacto directo el resto de la Europa de occidente con las comarcas del Mediterráneo oriental? Múltiples datos testimonian la existencia de relaciones comerciales, muy anteriores a lo que hasta hace pocos años se suponía, entre al-Andalus y los países próximos ⁽¹⁾. A partir del siglo XII, merced a las Cruzadas y a la intensificación del comercio mediterráneo, la influencia oriental fué intensa en el Mediodía y en el Occidente europeos. Formas de vida y artísticas que tienen ese origen no es siempre fácil decir si llegaron a Francia por el camino de Italia, ó a través de la Península ibérica. El entrecruzamiento de esas rutas complica extraordinariamente los siempre complejos estudios de filiación.

Demografía y propaganda

A falta de estadísticas, se siguen barajando, aún en publicaciones valiosas y por gentes de merecido crédito, cifras dadas por antiguos historiadores y cronistas sobre el número de habitantes de las ciudades hispanomusulmanas. Tales evaluaciones suelen ser fantásticas, por error unas veces, y otras muchas por propósito deliberado de falsear la verdad, practicando el siempre mendaz arte de la propaganda, de muy remoto origen, a cuyo maravilloso perfeccionamiento y desarrollo asistimos actualmente. Ya dijo Ibn Jaldūn en el siglo XIV que cuando se alude a cantidades de dinero o a la fuerza de un ejército, prodíganse mentiras y datos inverosímiles ⁽²⁾; pudo añadir que ocurría lo mismo al calcular el número de pobladores de una ciudad en el pasado.

En la sobreestimación demográfica suelen coincidir escritores musulmanes y cristianos. Los primeros, inclinados por temperamento, sobre todo los andaluces, a la hinchazón y a la hipérbole, realzan así la importancia de la ciudad a la que se refieren. Los últimos, destacan con ello el heroísmo de los guerreros cristianos que en reducido número conquistaron urbes muy

(1) Por ejemplo, en el año 812 el poeta Theodulpho vió en Arles cueros de Córdoba.

(2) Ibn Jaldūn, *Prolegómènes historiques*, trad. Slane, I, pp. 14 y 19.

pobladas. Desde la Edad Media se repiten esas cifras exageradísimas, acogidas con delectación, cuando no acrecentadas, por los autores de estudios e historias locales, deseosos siempre de aludir a la grandeza pretérita de la población de la que escriben, y en la que a veces nacieron, parangonada con su supuesta decadencia presente.

Espigando con criterio crítico por libros de viajes, crónicas e historias pueden reunirse, sin embargo, algunos datos aprovechables. No todos los demográficos medievales merecen ser desechados. Los hay de cronistas veraces y bien informados, entre los que deben figurar, para los últimos tiempos de la dominación islámica en la Península, varios de las campañas andaluzas de los Reyes Católicos, sobre todo si se refieren : a lugares de escasa importancia, cuya población era mucho más fácil de apreciar con relativa exactitud que la de las grandes aglomeraciones ; a cómputos hechos para el rescate de los moros expulsados de las ciudades conquistadas, y a los muy precisos, aunque casi siempre incompletos, de algunos « Repartimientos », documentos que sirvieron para distribuir entre los conquistadores, por merced regia, los bienes inmuebles de los musulmanes vencidos ⁽¹⁾.

Planteamiento del problema demográfico.

Para calcular con relativa aproximación el número de habitantes de las ciudades hispanomusulmanas, faltos de estadísticas, poseemos de bastantes de ellas un dato de inapreciable valor : la extensión de su recinto murado, de la que cabe deducir su demografía, planteando una ecuación en la que figuren la superficie conocida y la incógnita del número de pobladores.

(1) La publicación de ediciones críticas de los « Repartimientos » impresos hace años de Mallorca y Valencia y de los inéditos de Málaga, Murcia, Orihuela, Ecija y Jerez, es una de las más urgentes a acometer por los eruditos españoles. Don Juan de M. Carriazo prepara la edición del de Ronda. Reciente es la publicación del de Sevilla por don Julio González, pero de él no se puede deducir dato alguno demográfico respecto a esa ciudad.

Algunos historiadores creen imposible aprovechar las cifras de la superficie urbana cercada y de los arrabales murados para el cálculo demográfico ⁽¹⁾. La afirmación tal vez sea cierta para las ciudades de otras comarcas y civilizaciones, no para las de al-Andalus ⁽²⁾.

Parcialmente se conservan las murallas de algunas ciudades hispanomusulmanas; planos antiguos permiten reconstituir el trazado de las de otras y de bastantes quedan huellas en su estructura urbana, por no haber sufrido hasta ahora grandes transformaciones. Casi siempre es posible saber cuando se levantaron esas fortificaciones y, por consiguiente, la época en que la ciudad alcanzó la extensión que encierran. La comparación de las superficies intramuros de todas ellas entre sí y con las contemporáneas de la España cristiana y del Occidente europeo, será fértil en consecuencias. Cada caso, es decir, cada ciudad, requiere un minucioso exámen, si se pretende alcanzar una idea lo más exacta posible de las diferentes etapas de su desarrollo ⁽³⁾.

Para intentar resolver aproximadamente el problema demográfico a base de la extensión intramuros, hay que conocer la densidad urbana por hectárea, que es la acostumbrada para estos cálculos, tanto de viviendas como de habitantes. Esta última la determinaremos en función de la primera, obtenida fijando la superficie media de la vivienda y la que proporcionalmente deba agregársele por los espacios libres, es decir, sin construcciones, del interior de la ciudad y los edificios no destinados a habitación o escasamente habitados. Como en la mayoría

(1) « Convertir ces gains territoriaux en nombre de citoyens est impossible. Cela supposerait qu'on calculât au préalable la densité de l'habitat urbain au bas moyen âge et entreprendre un tel travail serait d'autant plus téméraire que cette densité varie d'une ville à la voisine et, dans une même ville, d'une période à la suivante ou d'un point à l'autre »; ha escrito Génicot (*Sur les témoignages d'accroissement de la population en Occident*, apud *Cahiers d'Histoire mondiale* I, pp. 453-454).

(2) En una obra de próxima publicación, en la que se estudian las más importantes ciudades hispanomusulmanas y se reproducen sus planos, intentamos demostrar con mayor detalle la aproximación relativa de nuestros cálculos.

(3) Para Ganshof, « el criterio por excelencia de la extensión urbana sigue siendo el estudio de los recintos sucesivos » (*Développement des villes*, p. 51).

de las casas viviría una sola familia ⁽¹⁾, si llegamos a determinar, con relativa aproximación el número de individuos que componían la de tipo medio, comprendidos los servidores de las de mejor condición social, es decir, todos los que la habitaban, el problema estará resuelto.

La evaluación del número de viviendas y, tras de esta, del de sus habitantes, es forzoso referirla a momentos determinados de la historia urbana en los que el cinturón de las murallas ajustábase perfectamente a la superficie edificada. El desarrollo de la ciudad, afectado por muchos y muy variables factores, no podía reflejarse en algo tan permanente como una cerca torreada, de piedra o tapias. Construir la era obra de gran empeño, larga y costosa, lo que explica su permanencia, asegurada por continuas reparaciones, y la agregación de arrabales murados independientes, cuando la ciudad crecía fuera de la cerca ⁽²⁾. En épocas de decadencia, el anillo defensivo resultaría holgado y, disminuido el vecindario, habría calles silenciosas, bordeadas de casas vacías, abandonadas, que acabarían por caer en ruinas para convertirse en solares yermos, como los que se ven hoy en las partes más altas y enriscadas de algunas villas medievales, en lento y continuo movimiento hacia la llanura, atraído su caserío por los cruces de carreteras, el ferrocarril, las fábricas y las huertas. En cambio, en períodos de prosperidad, aumentaría el número de sus habitantes y, al llegar un momento en el que no cupiesen dentro del recinto murado, se formarían barrios o arrabales extramuros, al compás de su crecimiento. Si se rodeaban también con cerca y existe memoria de su trazado, es fácil medir su superficie y evaluar el número de sus habitantes por el procedimiento que a continuación se expone. Pero, en ocasiones, de la muralla de los arrabales no quedan huellas materiales, por lo que el cálculo que hagamos será forzosamente muy impreciso. También será imposible cuando los arrabales, como los de Baza en el siglo XII y los de Taryana, Maqarana y

(1) Más adelante se intenta justificar esta afirmación.

(2) Muy atinadas observaciones pueden verse sobre este extremo en el *Mémorial Jean Sauvaget*, t. I, « Institut Français de Damas », Damasco, 1954, p. 65.

Benaliofar, en la Sevilla del siglo XIII, carecían de murallas ⁽¹⁾.

Factor también imposible de valorar con probabilidades de acierto es el que se refiere al número de gentes que vivían en la proximidad inmediata de las ciudades, en almunias o alquerías, pequeñas casas, chozas y aún cuevas. En núcleos de población rodeados de terrenos fértiles y huertas — y casi todos lo estaban — y de una extensa vega, el campo en torno estaría pobladísimo ⁽²⁾. Determinar actualmente los límites de una ciudad, fijando hasta donde llega su área urbana, tan sólo es fácil ateniéndose a su perímetro administrativo, no siempre coincidente con el real; mucho más difícil resultaría en la Edad Media, lo que puede justificar algunas evaluaciones excesivas. Los habitantes de una vega rica acudirían al núcleo urbano murado más o menos inmediato a vender sus productos, comprar otros industriales, asistir los viernes a la oración en la mezquita aljama, etc. La ciudad parecería entonces más populosa de lo que era en realidad.

Muchos de los habitantes extramuros, de vida precaria por ello, y aun los de lugares algo más distantes, al aproximarse expediciones militares enemigas y en los casos, menos frecuentes, de asedio, que solían durar meses y a veces excedían del año y aún de los dos, encerrábanse en la ciudad, tras la protección de sus murallas, y los aptos para ello colaboraban en la defensa. Aumentaba así accidentalmente el número de sus habitantes, pero los combates y, sobre todo, las más mortíferas epidemias, se encargaban de reducirlos.

Respecto al interior de las urbes hispanomusulmanas es sabido que casi todas las casas, reducidas ⁽³⁾, se apretujaban en callejas angostas ⁽⁴⁾ y las plazas y plazuelas eran escasas y

(1) Es posible que estuvieran barreados por obras tan livianas como serían los muros de modestas viviendas y tapias, más de cerramiento que de protección militar, de las que, naturalmente, no queda rastro.

(2) *Los contornos de las ciudades hispanomusulmanas*, por Leopoldo Torres Balbás (*Al-Andalus*, XV, 1950 pp. 437-486).

(3) Mas adelante se dan algunos datos sobre sus exigüas dimensiones, a las que aluden escritores islámicos como Ibn Jaldūn y no pocos cristianos.

(4) Leopoldo Torres Balbás, *Les villes musulmanes d'Espagne et leur urbanisation*, apud *Annales de l'Institut d'Études Orientales*, Faculté des Lettres de l'Université d'Alger, tomo VI (1942-1947).

de poca extensión ⁽¹⁾. No había intramuros de ellas, como en Marrākuš y en varias de las cristianas de la mitad septentrional de la Península, barrios separados por amplios espacios libres ⁽²⁾. Naturalmente que en los habitados por gentes humildes la pequeñez de las viviendas alcanzaría límites extremos.

Para el cálculo aludido hay que tener también en cuenta la existencia de lugares como la alcaicería y zocos con tiendas en el centro de la ciudad, formando pequeños barrios habitados por la noche tan solo por sus guardas. Lo mismo pasaba en las mezquitas, en los baños y en algunos otros edificios públicos. En las alhóndigas, en cambio, muy abundantes en las ciudades comerciales e industriales, residían bastantes huéspedes.

Había, pues, en las ciudades hispanomusulmanas reducidos barrios comerciales, apenas habitados; muchas pequeñas casas apretadas, y algunas de mayor superficie, a veces con huertos y jardines. No formaban agrupaciones separadas los edificios de esas distintas categorías; se entremezclaban, sin relación con las divisiones urbanas.

En muy contados casos, y sólo en líneas generales, conocemos la estructura de esos barrios y arrabales ⁽³⁾. Por ello se hace el computo para la mayoría de las viviendas sobre la base del tipo intermedio; compénsanse las más reducidas con las de mayor importancia.

Extensión media de la vivienda

Conocemos los planos de planta de 28 casas hispanomusulmanas; viviendas de gentes de muy diversa condición social y económica, permiten calcular su superficie media. Las ruinas de nueve ocupan parte del recinto más interior de la alcazaba

(1) Para las plazas: L. T. B., *Plazas, zocos y tiendas en las ciudades hispanomusulmanas* (*Al-Andalus*, XII, 1947, pp. 437-441).

(2) A. Joly calculó en 1904 que la superficie intramuros de Tetuán ocupada por los terrenos sin construir y los jardines eran un quinto de la total de la ciudad (*Telouan*, por M. A. Joly, con la colaboración de MM. Xicluna y L. Mercier, apud *Archives Marocaines*, IV, Paris, 1905, p. 299).

(3) L. T. B., *Estructura de las ciudades hispanomusulmanas: la medina, los arrabales y los barrios* (*Al-Andalus*, XVIII, 1953, pp. 149-177).

de Málaga ; una apareció en Almería ; doce hay en la alcazaba y tres en otros lugares de la Alhambra de Granada ; dos en el núcleo urbano de la misma ciudad, y otra en Ronda. Todas tienen patio, reducidísimo en algunas ⁽¹⁾. Varias agrupanse en dos pequeños barrios de carácter especial, por su situación dentro de las plazas de armas de las alcazabas de Málaga y de la Alhambra de Granada ⁽²⁾. Las de Málaga y Almería serán del periodo almorávide (primera mitad del siglo XII) ; las restantes, del nazarí (últimos años del XIII al XV).

La superficie de seis de las casas de Málaga, de once de las de la alcazaba y de una del secano de la Alhambra, es menor de 100 metros ; once no llegan a los 50 ⁽³⁾. Dos de las malagueñas, una de la alcazaba de la Alhambra, otra del secano del mismo lugar, y la de Almería, quedan por bajo de los 200 ⁽⁴⁾. Tan sólo el área de otras dos, una también en la Alhambra, en sitio principal, frente a la fachada de mediodía del palacio de Carlos V, y la otra en la alcazaba de Málaga — ésta formaba parte del palacio — exceden algo de los 200 metros. Finalmente, la casa de Ronda, una de las más importantes, al parecer, de la ciudad islámica ⁽⁵⁾, y la de los Infantes en Granada, pequeño palacio habitado por familiares de la familia real, ocupaban poco más de

(1) Casas sin patio hay en la Alhambra ; construidas en lugares aislados, no en calles, constituyen casos excepcionales.

(2) *El barrio de casas de la Alcazaba malagueña*, por Leopoldo Torres Balbás (*Al-Andalus*, X, 1945, pp. 396-409). Un plano del barrio de la alcazaba de la Alhambra publicó don Vicente Lampérez y Romea, en su obra *Arquitectura civil española de los siglos I al XVIII*, tomo primero (Madrid, 1922) fig. 81, p. 174.

(3) Superficie en metros de las casas : alcazaba de Málaga, 38, 30 ; 49, 50 ; 51, 90 ; 78, 40 (dos) ; 86.00 ; alcazaba de la Alhambra, 16, 40 ; 21.80 ; 22.10 ; 25.60 ; 27.20 ; 27.90 ; 30.00 ; 39.00 ; 44.70 ; 54.10 ; 70.90 ; secano de la Alhambra, 80.40.

(4) Superficie de las casas en metros : alcazaba de Málaga, 178.00 y 183.50 ; alcazaba de la Alhambra, 130.30 ; secano de la Alhambra, 117.90 ; Almería, 187.20. La extensión de esta última es aproximada, pues no se llegó a descubrir la vivienda completa. La casa morisca del número 2 de la calle de Yanguas, en Granada, idéntica a las islámicas en dimensiones y plano, ocupa una superficie de 115,50 metros.

(5) *Plantas de casas árabes en la Alhambra*, por T. B. (*Al-Andalus*, II, 1934, pp. 380-387) ; *Excavaciones y obras en la Alcazaba de Málaga (1934-1943)*, por Leopoldo Torres Balbás (*Al-Andalus*, IX, 1944, pp. 173-190) ; *La Acrópolis musulmana de Ronda*, por Leopoldo Torres Balbás (*Al-Andalus*, IX, 1944, pp. 469-475).

300 metros superficiales ⁽¹⁾. Influirían en la extensión de las viviendas la situación económica de sus propietarios y el emplazamiento; no es probable, en cambio, que la afectase el transcurso del tiempo, por lo que la superficie media obtenida a base de las casas mencionadas la aplicaremos a las de las ciudades hispanomusulmanas, desde el siglo X hasta el XV.

En el « Repartimiento » de Velez-Málaga, hecho poco después de su conquista en 1487, hay indicaciones útiles para conocer la proporción en que estaban los diferentes tipos de casas en una ciudad de alguna importancia. Los repartidores encargados del apeo de la malagueña, dividieron sus viviendas en cinco categorías. En el interior de la ciudad, de « la suerte de cinco puntos, que es la mayor », había 8; suponemos que cada una de ellas ocupaba más de 300 metros. De cuatro puntos, probablemente comprendida su área entre 200 y 300, 15; de tres puntos, 41; pudiéramos suponer su extensión entre 150 y 200 metros; de 100 a 150 las 74 de dos puntos, y de 50 a 100 las 211 de un punto. Pero aún había otras más pequeñas, « que no son para meter vecinos en ellas », es decir, que por su angostura se consideraban inadecuadas para vivienda de cristianos; eran 203 y creemos que su solar no excedería de los 50 metros superficiales. En el arrabal de Velez-Málaga había también otras « muy pequeñas, que no son para vecino ninguno ni quieren entrar en ellas » (no se dice su número); además, 3 de cuatro

(1) Superficie de las casas en metros: Alhambra, frente a la fachada meridional del palacio de Carlos V, 210,90; alcazaba de Málaga, 210,45; casa de la placeta de Villamena, en Granada, 225,45 (Superficie aproximada, por no conocer mas que las dimensiones del patio y de las crugias que limitan dos de sus lados. Su descripción y planos: *Los restos de la casa árabe de la placeta de Villamena en Granada*, por Jesús Bermúdez Pareja [*Al-Andalus*, XII, 1947, pp. 161-164]). Casa de los Infantes, en Granada, 300,40 (superficie aproximada, por no estar bien definidos los límites de esta casa, derribada hace unos 40 años) (*Granada: la ciudad, que desaparece*, por Leopoldo Torres Balbás, apud *Arquitectura*, V, Madrid, 1923, pp. 312-314, y *Guía de Granada*, por D. Manuel Gómez Moreno (Granada, 1892), pp. 319-230; casa de los Gigantes, en Ronda, 312,00. No carece de interés comparar estos datos con los publicados por Taracena sobre el promedio superficial de las casas hispanoromanas conocidas y medidas: 200 metros las más frecuentes; 600, las que se pueden reputar de lujosas (B. Taracena Aguirre, *Las fortificaciones y la población de la España romana*, apud *Crónica del IV Congreso Arqueológico del Sudeste español*, I, Cartagena, 1949, p. 428).

puntos ; 15, de tres ; 20, de dos, y 66, de uno ⁽¹⁾. La cantidad de casas de dimensiones más reducidas — de un punto y menores —, 404, excedía pues, en el recinto murado, del triple de la suma — 128 — de las de mayor extensión ⁽²⁾.

Aunque de carácter excepcional, como se dijo, por lo apretado de su caserío dentro de la superficie reducida que encierran las murallas del último recinto, el barrio de la alcazaba mala-gueña, con sus nueve viviendas, entre las que las hay de los tres primeros tipos, estrechas calles y un pequeño baño, puede orientarnos acerca de la superficie media de aquellas y su relación con los espacios libres y edificios no habitados. Los 1.364,51 m. superficiales por los que se extiende el barrio, repártense entre 408,26 para los últimos y 956,25 correspondientes a las viviendas. La superficie media de cada una de estas, con la proporcional que le corresponde por las calles y el baño, es de 151,61 metros ⁽³⁾.

El cálculo de la extensión media de la vivienda puede hacerse, para la totalidad de las de Málaga intramuros, por otro camino. Se conoce el número aproximado de habitantes que había en ella cuando su conquista en 1487, pues fueron encerrados por orden de los Reyes Católicos en el corral o dos grandes corrales de la alcazaba para su recuento y rescate. Mosén Diego de Valera dice que entre chicos y grandes eran hasta 15.000 ⁽⁴⁾. El Cura de los Palacios, en cambio, escribe que nunca pudo llegar a saber el número de los rescatados, pero que la ciudad era de más de 3.000 vecinos, y supone que pasaban de 11.000 las

(1) *Repartimiento de Málaga y su obispado, Velez-Málaga*, por Juan Moreno de Guerra, apud *Estudios malagueños*, por varios autores (Málaga, 1932), pp. 371-372.

(2) En el « Repartimiento » de Valencia, escrito en latín, se inventarian, algunas veces, *domibus optimas, maximas, bonas, mediocres, parvas y parvissimas* (*Repartimientos de los reinos de Mallorca, Valencia y Cerdeña*, por Próspero de Bofarull y Mascaró [Barcelona, 1856], pp. 516, 519, 520, 524, 528, 560, 571, 633 y 644). Los repartidores de la ciudad de Mallorca comenzaron por escoger las 30 casas mayores de la ciudad ; menos concienzudos que los de Valencia, no especifican categorías entre las restantes, unas 4.220 (*Ibidem*, pp. 116-126).

(3) La planta del barrio de la alcazaba de la Alhambra no está completa, por lo que no puede hacerse con sus casas un cálculo semejante al realizado para las de la alcazaba de Málaga.

(4) Mosén Diego de Valera, *Crónica de los Reyes Católicos*, edic. y estudio por Juan de Mata Carriazo (Madrid, 1927), p. 271.

almas ⁽¹⁾, cifra que, *grosso modo*, no dista mucho de la de Valera. Aceptemos, pues, la cifra de 15.000 de éste, compensando el número de habitantes de los contornos y arrabales refugiados tras los muros de la ciudad al comenzar el asedio, con los muertos en más de tres meses de luchas incesantes y por el hambre y las epidemias ⁽²⁾. Como la extensión comprendida dentro de los muros era de unos 375.850 metros superficiales, incluida la alcazaba y el corral de los Cautivos, pero no Gibralfaro, a cada uno de los 15.000 habitantes correspondían 25,05 y a la vivienda familiar, supuesta habitada, por razones que más adelante se exponen, por seis individuos, con la parte proporcional de espacios libres, etc., 150,30 metros. A cada una de las 37 hectáreas muradas, puede, pues, asignarse una media de 399 habitantes y 66 casas; el total de estas sería 2.461.

En el « Repartimiento » de Mallorca, hecho poco después de su conquista en 1229 por Jaime I, se dice encerraba la

(1) *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y D^a Isabel*, escrita por el Bachiller Andrés Bernáldez (Sevilla, 1870), tomo I, p. 256.

(2) Otras « gentes de las que bivian en las comarcas y se metieron en ella (en Málaga, poco antes de comenzar su asedio) con sus mujeres y hijos e bienes », aumentando así « la mucha gente que en ella avía ». Durante el cerco, era tanto el hambre en la ciudad, « que los mas días algunos moros salían a se ofrecer por esclavos de los cristianos, eligiendo de su voluntad el cautiverio por sostener la vida ». Muchos fueron los muertos : « es cierto que así de feridos como de enfermos murieron en este cerco más de tres mill cristianos e más de cinco mill moros, por confesión suya ». El rey Católico escribía a su hijo, el arzobispo de Zaragoza, el 18 de agosto de 1487, al entrar en la ciudad rendida, que « a vueltas de la extrema hambre que tenían, y la mucha gente que, así por muertes como por heridas, les fallecía, ... les fué forzado, ... entregarnos la ciudad ». Et arrabal que estaba a la parte de la mar, « avía muchas huertas e casas caydas ». Respecto al otro, « su circuito era grande, los moros tenían en él sus ganados » ; « árboles y huertas que tiene (Málaga) en grand abundancia, dentro de la cibdad y en los arrabales » (Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, vol. segundo, pp. 281-282, 284, 292 y 321 ; Valera, *Crónica de los Reyes Católicos*, p. 274 ; Antonio de la Torre, *Los Reyes Católicos y Granada*, (Madrid, 1946), p. 88 ; Maqqarî, en P. de Gayangos, *The History of the Mohammedan Dynasties in Spain*, II Londres, 1843), p. 381. En las Ordenanzas dadas en 1489 por los Reyes Católicos para el acrecentamiento y gobernación de Málaga, se dice que, a causa de que muchas de sus casas estaban caídas y « de las sanas, hera necesario darse a los vesinos della mucho mas complimiento que los moros tenían » (es decir, que las viviendas de los musulmanes malagueños eran muy reducidas para los pobladores cristianos), no se podrían avecindar dentro de la ciudad más de 1.200 vecinos (*Documentos históricos de Málaga*, por el Dr. Luis Morales García-Goyena, tomo I, Granada, 1906, p. 4).

Almudayna ó alcazaba (*al-mudayna*) algo más de 178 edificios ⁽¹⁾. La mitad de las viviendas de la ciudad, asignadas al monarca, sumaban 1.492 habitadas y 494 vacías. Podemos, pues, suponer que el número aproximado de las de la capital isleña en el siglo XIII era de $178 + 2 (1.492) + 2 (494) = 4.250$. Como la superficie intramuros medía 899.720 metros, a cada vivienda, incluida la parte proporcional de espacios libres, correspondían 211.70 metros superficiales.

No conocemos datos de otras ciudades que permitan comprobar o rectificar estos cálculos. El tercio de la suma de las tres cifras obtenidas para las viviendas y los espacios correspondientes de calles, plazas, jardines, etc., de la alcazaba de Málaga — 151,61 —, de esta misma ciudad — 153.40 — y de la de Mallorca — 211.70 —, es de 172 metros superficiales ⁽²⁾. Será la adoptada para evaluar al número de casas y habitantes cuando tan sólo se conoce la extensión superficial intramuros.

Número de habitantes de cada vivienda

Si suponemos que, como antes se dijo, en la mayoría de las casas vivía una sola familia, caso el más general ⁽³⁾, resta fijar, para resolver con cierta aproximación el problema, el número medio de habitantes de cada familia y vivienda, factor muy impreciso y variable, de difícil determinación con probabilidades de relativa exactitud por falta de datos.

Repetidos testimonios de los siglos XV al XVII dicen que moros y moriscos eran muy fecundos, mucho más que los cristianos. Escasas son las noticias existentes acerca de las familias hispanomusulmanas, entre ellas el de número de

(1) España, Sus monumentos y artes, su naturaleza e historia, *Islas Baleares*, por don Pablo Piferrer y don José María Quadrado (Barcelona, 1888), p. 116.

(2) Prescíndase de las cifras decimales.

(3) Tan buen conocedor de la civilización hispanomusulmana como es el Sr. Lévi-Provençal así lo afirma, aunque con algunas reservas : « Le plus souvent, la maison n'abritait qu'une seule famille ; mais parmi les classes pauvres de la population, il n'était pas rare qu'un ménage n'eût à sa disposition qu'une seule chambre... » (E. Lévi-Provençal, *Histoire de l'Espagne musulmane*, III [Paris, 1953], p. 412).

mujeres de los casados. Los hombres de clase media y los de condición humilde, es decir, la mayoría, tenían una sola mujer ⁽¹⁾; la pequeñez de las casas parece comprobarlo. El número mayor de mujeres — esposas legítimas y esclavas — de los varones de posición holgada y, como consecuencia, el de descendientes y servidores, quedará compensado en el cálculo con la mayor extensión superficial de sus viviendas.

Veamos algunos datos capaces de orientarnos sobre el número medio de miembros de cada familia. La *Crónica de don Juan II* de Fernán Pérez de Guzmán, fija en 2.528 el número de habitantes musulmanes salidos de Antequera cuando su conquista en 1410 por el infante don Fernando; de ellos, 895 eran hombres de pelea, 770 mujeres y 863 niños ⁽²⁾. Para calcular el número de jefes de familia que había entre los combatientes, se fijará la misma proporción que guardaban unos y otros en Ronda, según Diego de Valera — 700 y 1.200, respectivamente ⁽³⁾ —, lo que supone para Antequera 522 jefes de familia y esta compuesta, por término medio, de cinco individuos.

Anteriormente se dijo como los cronistas de los Reyes Católicos calculaban que en Málaga había cuando su conquista más de 3.000 vecinos y unas 15.000 almas. Conforme a estas cifras, la unidad familiar media sería también de cinco personas.

Alhama, conquistada en 1482 por el marqués de Cádiz, afirma el Cura de los Palacios tenía 600 vecinos; en esa ocasión murieron 800 moros varones y algunas moras y fueron capturadas 3.000 ánimas, poco más o menos, entre chicos y grandes ⁽⁴⁾. Su población sería, pues, de unos 3.700 habitantes, lo que supone algo más de seis por familia.

Conjugando estos datos del número aproximado de individuos que integraban la familia de tipo medio de Antequera, Málaga y Alhama, puede asignársele el de seis miembros, que será

(1) *Ibidem*, p. 399.

(2) «Biblioteca de Autores Españoles» (Rivadeneyra), t. LXVIII, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II (Madrid, 1877), p. 331.

(3) Valera, *Crónica de los Reyes Católicos*, p. 189.

(4) Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos*, t. I, p. 151.

también el de habitantes de cada vivienda. La densidad correspondiente por hectárea es de 348 individuos (1).

Como consecuencia de los cálculos anteriores llegamos, pues, a asignar una superficie de 172 metros a la vivienda media y de seis personas a los que la habitaban.

Vamos a realizar un cálculo matemático con unos datos muy imprecisos; excusado es decir que los resultados obtenidos tendrán únicamente un valor de aproximación. Después de un estudio minucioso del problema, llegamos a la conclusión de que el error será casi siempre inferior al 33 % y nunca excederá del 50 %. Conclusiones más firmes pueden deducirse de la comparación de las superficies intramuros, basadas en datos exactos, aunque con frecuencia incompletos, como ya se dijo, pues ignoramos el número de las viviendas emplazadas fuera de la cerca y el de las aisladas en sus alrededores inmediatos. Salvo en casos muy excepcionales, puede asegurarse que nunca llegarían a la mitad de las del área murada.

Las cifras de densidad urbana de habitantes y viviendas así logradas, partiendo de la superficie media de las últimas, conviene compararlas con las muy escasas del número total de casas y de habitantes dadas por antiguos cronistas e historiadores de los más dignos de crédito. Adelantemos que los resultados a los que se llega por ambos procedimientos no difieren mucho, lo que comprueba la virtud relativa del primero.

Las conclusiones obtenidas servirán, por lo menos, para desechar de manera definitiva las cifras que arbitrariamente y sin ningún fundamento se siguen repitiendo por rutina, copiadas de escritores de hace siglos, sin reflexionar sobre su imposibilidad.

Recientemente ha escrito un destacado historiador español que Córdoba tuvo en el siglo X 500.000 habitantes. Otros, también en fecha cercana, dan la cifra de 400.000 para los

(1) Las cifras de densidad humana por unidad superficial hay que manejarlas con mucho cuidado, por su enorme variación; es peligroso sacar consecuencias de ellas. París, en el reinado de Luis Felipe, tenía 150 habitantes por hectárea y en 1896 su media era de 321; Roma, en 1944, 400. En el Marrákuš actual, los barrios de Guéliz, la *medina* y el *mallāh* (Barrio judío), tienen, respectivamente, 35, 450 y 1350 habitantes por hectárea (P. Flamand, *Quelques renseignements statistiques sur la population israélite du sud marocain*, apud *Hespéris*, XXXVI, 1950, p. 386).

de Granada en el siglo XIV y la de 100.000 prisioneros musulmanes cogidos en Úbeda en 1212, al rendirse esta ciudad a las tropas de Alfonso VIII después de la batalla de las Navas de Tolosa. Prescindiendo de las dificultades de alimentación y transporte de esas grandes masas humanas, véamos la superficie que ocuparían ciudades con tan crecido número de habitantes para la Edad Media. Si aplicamos las cifras obtenidas de 172 metros superficiales para la vivienda media y de seis personas residentes en ella, una ciudad de 100.000 almas tendría 16.666 casas y ocuparía un espacio de 2.866.552 metros², o sea algo más de 286 hectáreas, con densidad, por esta unidad superficial, de 58 viviendas y 348 habitantes. Si suponemos esa urbe ideal de planta cuadrada, los lados de su perímetro medirían poco menos de 1.700 metros, distancia también entre dos puntos opuestos del contorno, y la longitud total de sus muros sería de 6 kilómetros y medio. El mismo cálculo aplicado a una ciudad de 500.000 habitantes, también de planta cuadrada, representa 3.700 metros para distancia entre dos puntos opuestos del perímetro y 14.800 kilómetros para éste.

Exceptuando Córdoba en el siglo X, cuya superficie no es posible calcular — probablemente tuvo alrededor de los 100.000 habitantes —, las restantes grandes ciudades de la España musulmana, Sevilla, Granada, Toledo, Mallorca, Almería, Badajoz, Écija, Zaragoza, Jerez de la Frontera, Valencia. Jaén, Murcia, Málaga y Úbeda, quedaban bastante lejos de tal cifra de población. Gráficamente puede cualquiera comprobarlo con rapidez examinando planos actuales de esas urbes en los que figuren sus recintos medievales ⁽¹⁾. Aún teniendo en cuenta las diferencias de densidad entre las ciudades hispanomusulmanas y las modernas — muy variables y no siempre del mismo signo —, se ve que las últimas rebasan ampliamente el núcleo árabe, encerrado hoy en su interior como célula inicial del área urbana.

(1) Consúltese, por ejemplo, la carpeta de planos de ciudades españolas de la obra del malogrado arquitecto alemán Oskar Jürgens, *Spanische Städte*, Atlas (Hamburgo, 1926). Los planos están todos a la misma escala de 1/5.000 (equivocadamente figura en ellos la de 1/10.000), lo que permite comparar su superficie.

Demografía comparada de las ciudades musulmanas y de las europeas medievales.

Había en la España musulmana, en la época de los reinos de taifas y bajo el dominio almorávide (siglo XI y primera mitad del XII), varias ciudades ricas y florecientes, rodeadas de elevadas murallas, con una organización urbana compleja, numerosos zocos bien abastecidos, abundantes baños, alhondigas (*fanādiq*), casas y palacios que causaban la admiración de los visitantes extranjeros. Alcanzaron también notable desarrollo industrial. Eran varias de ellas centros de un activo comercio de exportación é importación con el Oriente mediterráneo y el norte de Africa, transacciones en las que, desde fines del siglo XI, comenzaron a intervenir los navios de las repúblicas italianas. En las cecas ó casas de la moneda de varias de esas urbes se acuñaban dinares, es decir, monedas de oro. Las poblaban un número de habitantes superior al que los modernos historiadores extranjeros calculan para las incipientes contemporáneas de los restantes países occidentales.

A fines del siglo X corresponde el máximo desarrollo de Córdoba, no traducible en su área urbana por desconocerse los límites de sus barrios exteriores. Almería alcanzó máxima extensión — 79 hectáreas — bajo el señorío de Jairān (murió el año 419/1028); el recinto de Málaga encerraba 37 hectáreas antes de terminar el siglo XI y en la primera mitad del siguiente se extendía por dos arrabales extramuros, manteniéndose así hasta su conquista por los Reyes Católicos en 1487; la cerca de Granada circuía a la muerte de Bādīs (467/1075) 75 hectáreas; las superficies intramuros de Toledo, Mallorca y Valencia eran, respectivamente, a fines del siglo XI, 106, 90 y 44, hectáreas; dentro de la cerca de Zaragoza había en 1118, al adueñarse de ella Alfonso el Batallador, 47 (sus murallas se levantarían sobre las romanas en el siglo X ó en el XI), y poseía dos arrabales exteriores.

Con arreglo a nuestros cálculos, esas superficies intramuros suponen unos 37.000 habitantes para Toledo; 27.000 para

Almería ; 26.000 para Granada ; 25.000 para Mallorca (ciudad más tarde llamada Palma) ; 17.000 para Zaragoza ; de 20 a 15.000 para Málaga y 15.500 para Valencia ⁽¹⁾.

A fines del siglo XI había, pues, en la España musulmana, por lo menos ocho — Córdoba, Toledo, Almería, Granada, Mallorca, Zaragoza, Málaga y Valencia — ricos y populosos centros de civilización urbana muy desarrollada, cuyo recinto murado ocupaba más de 40 hectáreas y su población excedía de las 15.000 almas.

Para encontrar en la misma época ciudades semejantes y aún mayores había que acudir a las comarcas del otro extremo Mediterráneo, a Constantinopla, la más poblada de su cuenca, cercana, en los siglos X y XI, según unos cálculos, á el millón de habitantes, mientras otros estiman su población en 250.000 a 350.000 ⁽²⁾ ; a El Cairo fatimí (958-1171 J.-C.), cuyas murallas comprendían una 140 hectáreas y su población alcanzó en el siglo XI 300.000 almas, de las que la mitad habitaban en el interior de su cerca ⁽³⁾.

Por los mismos años, en el resto del mundo occidental apenas si empezaba a acusarse un pobre é incipiente desarrollo urbano. De las ciudades europeas, las comprendidas entre los valles del Loire y el Rin conocieron una precoz actividad industrial y comercial. La construcción de su recinto murado supone un cierto desarrollo y las da carácter urbano. Las fortificaciones no consistían con frecuencia en muros de piedra o tapial, como en las ciudades hispanomusulmanas ; reducíanse a un foso y un parapeto tras él levantado con la tierra procedente de su excavación, provisto de empalizadas de madera y con puertas

(1) No se mencionan Sevilla, Écija y Badajoz, ciudades importantes las tres en el siglo XI, por haberse levantado sus cercas en el siguiente, bajo dominio almorávide y almohade, aunque probablemente con el mismo perímetro de las de épocas anteriores.

(2) A. Andréades, *De la population de Constantinople sous les empereurs byzantins* (*Metron*, I, Rovigo, 1920, pp. 68-112), da la cifra del millón de habitantes para Constantinopla. Ferdinand Lot, *La fin du monde antique et le début du Moyen âge* (Paris, 1951), pp. 81 y 517, la cree enormemente exagerada y estima que no pasaría de 250.000 a 300.000.

(3) *Le Caire*, por Marcel Clerget, I (El Cairo, 1934), pp. 126 y 238-239.

de mayor solidez y permanencia. Colonia estaba fortificada parcialmente en 948; Namur, en la que se desarrolló una próspera industria metalúrgica, en 933; el primer recinto de Lieja se erigió antes del año 1002. En los siglos IX y X las ciudades comprendidas entre los citados valles del Rin y el Loire tenían una superficie reducida de 3 á 4 hectáreas; Paris apenas llegaba a 9. La superficie del *castrum* de Gante, cuyo recinto databa de comienzos del siglo X, era de 4 Ha. 75 a; el de Douai, de fines del anterior ó de los primeros años del siguiente, tenía 4 Ha. 80 á. En Brujas, la cerca, obra probable de 977, abarcaba algo menos de 3 Ha. 75 a. A fines también del siglo X, la superficie comprendida dentro de las murallas de Lovaina apenas llegaba a las 4 Ha. 77 a, y la intramuros de Amberes era de unas 2 Ha. 80 a.

En el siglo XI, el recinto de Reims comprendía de 20 a 30 hectáreas; Paris y Rouen, algo menos; Soissons, 12; Beauvais, 10; Arras, 9; Amiens, unas 8; Senlis, 6; Tournais, cuyo desarrollo, como el de las otras ciudades de la cuenca del Escalda, se debió a la industria y comercio de los paños, y su recinto urbano se levantó entre 1054 y 1090, 14. Las murallas que protegían casi todas estas ciudades eran las de los últimos y turbados tiempos del Imperio romano, reparadas y reconstruídas siguiendo su mismo perímetro. También en el siglo XI, antes de 1089, se levantó una nueva cerca en Brujas, que circuía 80 Ha. 25 a., y, antes de terminarse esa centuria, las de los centros industriales de Gante, encerrando 80 Ha., Douai y probablemente Ypres. El primer recinto urbano de Basilea parece haberse construído hacia 1080; su perímetro era de 2 kilómetros. En Besançon, el *vicus burgi* se fortificó al fundarse a mediados del siglo XI ⁽¹⁾.

El aumento demográfico urbano acusóse sobre todo en la Europa occidental á partir de los comienzos del siglo XII

(1) Ganshof, *Étude sur le développement des villes entre Loire et Rhin au moyen âge* (Paris, Bruselas, 1943), pp. 17, 35-38, 45 y 58; Ferdinand Lot, *Naissance de la France* (Paris, 1948); Pirenne, *La civilisation occidentale*, p. 148; F. Vercauteren, *Étude sur les civitates de la Belgique seconde* (Bruselas, 1934); Charles Verlinden, *L'Histoire urbaine dans la Péninsule Ibérique*, apud *Rev. Belge de Philol. et d'Hist.*, XV, Bruselas, 1936, p. 1145.

para continuar rápidamente y sin interrupción hasta fines del XIII ⁽¹⁾, merced á diversas circunstancias económicas y políticas, productoras de un renacimiento industrial y mercantil reflejado en la vida y economía urbanas. El siglo XIII fué el del apogeo de las grandes ciudades en Italia, en Flandes y en Francia ; algo posteriormente, y en más reducidas proporciones, acrecentáronse las inglesas y alemanas. Génova y Venecia, al terminar el siglo alcanzaron los 100.000 habitantes ; durante el mismo, la población de Milán se calcula era de 175.000 a 180.000 almas ; Palermo contaba más de 50.000 ; 30.000 Nápoles ; 25.000 Mesina. Florencia no alcanzó hasta 1280 los 45.000 ⁽²⁾ y Padua, un año después, tenía aproximadamente 39.000. De las ciudades de los Países Bajos, Pírenne calcula para Ypres en los años finales del siglo XIII, en plena prosperidad industrial, unos 20.000 habitantes.

El gran acrecentamiento de las ciudades europeas tuvo lugar, pues, en el siglo XIII, cuando ya el espléndido desarrollo urbano de las islámicas españolas era un recuerdo. Al pasar en ese siglo y en el anterior a manos cristianas varias de las más importantes, interrumpióse su vida económica con la expulsión de sus pobladores musulmanes, mientras las de los restantes países europeos seguían su marcha ascendente, sin soluciones de continuidad, hasta el siglo XIV, en el que cesó el aumento demográfico de casi todas, a causa de terribles epidemias, entre ellas la famosa peste negra de 1348-1349, guerras continuas y perturbaciones sociales. En la Península ibérica tal vez únicamente Valencia en ese siglo, entre las ciudades de abolengo islámico, merced al auge del comercio marítimo mediterráneo, y Granada, por su nueva condición de capital de un reino en la que se reconcentraban los musulmanes barridos por las conquistas cristianas, acrecentaron población y superficie urbana.

Comenzó, pues, a resurgir la civilización urbana, que es la civilización por antonomasia, en el occidente europeo, tras el largo eclipse de los primeros siglos medievales, en la España.

(1) Pírenne, *La civilisation occidentale*, pp. 62-63.

(2) Davidsohn, *Forschungen zur Geschichte von Florenz*, II, 2ª, parte, p. 171. La cita es indirecta, por no haber podido consultar esta obra.

islámica, o sea en al-Andalus, durante los siglos IX al XI. El renacimiento románico cristiano a fines del último y en el XII debióse en gran parte, como es bien sabido, a la influencia oriental, recibida por varios caminos : el marítimo, primero, a través de la Península ibérica ; algo más tarde, los que pasaban por la Europa central y los puertos italianos.

Leopoldo TORRES BALBÁS
(Madrid).